

CRÓNICAS DE DOLOR CARLOS MORALES

Hace pocos días, abrazaba yo en Valencia a Carlos Morales. Hoy recibo la noticia horrible de su muerte. ¿Qué ley de maldad ha segado la vida de ese joven, todo sacrificio y bondad? ¿Qué Dios ha dictado esa sentencia maldita? ¿Cómo vengar esa tragedia, esa crueldad?

Carlos Morales ha sido para mí algo más que un amigo, que un hermano. Casi ha sido un maestro. Hay algo más noble en el individuo que la personalidad adquirida; es el afán de adquirirla. El deseo de llegar más allá, de luchar y de vencer; la inquietud de saber y de ofrendar nuestras vidas a altos ideales. Todo esto tal vez lo deba yo a Carlos Morales.

Eramos muy jóvenes cuando nos conocimos. Casi éramos niños. Estudiábamos en la Escuela de Comercio y regía nuestra vida la voz metálica —un poco fatigada— del reloj de Santa María. En aquellas mañanas tan luminosas, de invierno alicantino, que permanecíamos encerrados en las aulas del caserón del antiguo Instituto, Carlos Morales era mi compañero de banco en las clases. Pronto fuimos inseparables. Fué nuestra amistad un desbordamiento de fraternidades y de vivas alegrías estudiantiles. Fué entonces cuando empezó en nosotros esa nerviosa obsesión de escribir, de ser *periodista*. Y fué Morales, entonces mi maestro. Si mi labor en este periódico, durante tres años de lucha con miserables enchufetados, vale algo, todo eso lo debo yo a Morales, que me enseñó a luchar.

Carlos Morales, Manolo Villar y yo, fundamos un periódico semanal muy pequeño. Tenía un nombre simbólico, estando condenado a vivir solo dos semanas; se llamaba «La Constancia». Antes habíamos hecho otra parecida publicación, aprovechando para su impresión un polígrafo. Este primer periódico se llamaba «La Ilustración» y en él no tuvo intervención Villar. Si Morales y otros compañeros de estudio. Morales era nuestro inspirador. En aquellos dos números de «La Constancia», llenos de inocente literatura, palpitaba una honda inquietud. ¡Con cuánta emoción he buscado hoy aquel nuestro primer periódico, tan diminuto, que tantas amarguras nos proporcionó!

Hoy—muerto Carlos Morales—he recordado a nuestro colaborador Manolo Villar, poeta magnífico de quien guardo un soneto inédito: «Irreverente», tan brioso, tan *irreverente*, que aun estaría Villar en presidio de haberlo publicado. Villar, que fué admirable escritor, colaboró en varios periódicos de Alicante. Con él quisiera ahora llorar la muerte de quien con nosotros inició sus primeros balbuceos periodísticos. Pero no sé dónde está aquel alto poeta. Tal vez escendido en el rincón de su pueblo andaluz. Tal vez... No sé. Desde hace tres años lo estoy escribiendo

sin tener nunca respuesta. ¿Llegará a sus oídos esta noticia horrible?

Quisiera hablar de Carlos Morales, diciéndoles cosas tal vez más interesantes para todos. Pero están tan arraigados, están tan vivos estos recuerdos de mi primera juventud! Después de aquella época nos separamos. Morales se marchó a Barcelona. Joven de ideales purísimos, ansioso de Libertad y de República, ingresó



en el partido Radical. Fué secretario de la Juventud del distrito 5.º, la más audaz y revoltosa de todas las juventudes republicanas. En la Casa del Pueblo Radical, leyó una conferencia admirable, cuyas cuartillas originales guardo. Tiene inéditas—yo conservo algunas—varias obras teatrales, impecables de forma y magníficas de idea. Sin los inconvenientes que encuentran los noveleros para estrenar, Morales hubiera enriquecido el preciado caudal de nuestro Teatro. Modestísimo en todo, pocas veces firmó con su nombre lo que escribía. En este mismo periódico, donde queda lo último de su vibrante labor, usé un sugerente pseudónimo, que yo, respetando su propósito, no quiero descubrir. Fué un joven lleno de entusiasmo. Un *Joven*. Tal vez todo esto sea demasiado íntimo; pero yo necesito ofrendar esta crónica de dolor al que fué mi amigo inseparable, mi maestro. ¡Oh, es horrible tener que mirar ya hacia atrás, vivir de recuerdos, cuando la Juventud nos ofrece un amplio horizonte y un mañana espléndido!

Responso

En la tortura de nuestro descreimiento, he aquí mi responso. No sé rezar. Cuando un joven muere más bien se debe maldecir. En tu juventud breve, extinguida ya, has dejado un sendero luminoso, de bondad, de sacrificio. Has caído vencido por la muerte, cuando más te necesitábamos en la gran lucha. ¿Qué Genio de maldad ha dictado tu muerte? ¿Cómo poder vengarla?

CARLOS ESPLÁ.

Valencia 30 Septiembre 1918.

Mermeladas «Alfredo Hill»

en latas ó en frascos.

Una sola calidad: la mejor

A.P.O.E.
SIG.: 1.2a/432